

le estaba sucediendo. ¡Coincidencia más singular! También fué una tarde cuando conoció á Luis, y casi del mismo modo, pues estaba asomada á la ventanita de su recámara, cuando pasó el estudiante, comiéndosela con los ojos, y volvió á pasar una y otra vez, hasta que ella mortificada tuvo que meterse. ¡Qué semejanza tan grande de situaciones, y, sin embargo, qué enorme diferencia! En aquella época se había quitado de la ventana por rubores y remilgos de doncella recatada, y ahora por los compromisos contraídos en su poco digna condición.

Después de cavilar un rato sobre este tema, discurrió por lo festivo, y tomándolo todo á broma, formuló mentalmente esta frase: «¿Conque tengo un oso? Es suerte, ¡después de tantos años, tantos contratiempos y tantos amantes!»

Y, echándolo á risa, se fué resueltamente á la ventana diciendo para sí: «¡No diga ese títere que le tengo miedo y piense que me ha flechado!»

Y allí estaba el títere tieso que tieso, mesándose las barbas y decidido á no aflojar el cerco; al asomarse Mercedes la recibió con una mirada asesina y una sonrisa seductora.

La cual sonrisa se quedó en el aire, porque Mercedes, fingiendo la más completa indiferencia, se puso á ver con mucha atención el tenducho de enfrente, como si le divirtiera en extremo ver al venerable viejo despachar á una *marchanta* dos medidas de leche, sacando el líquido de un bote que en la puerta del tendajón había.

Y el joven volvió á comenzar sus idas y venidas, oscilando como un péndulo por delante de la guapa mujer;

mas ésta fingía total indiferencia, y ni percatarse parecía de los paseos.

Más de una vez quiso el galán afrontar la situación y hablar á Mercedes, pero ésta supo contenerle con su aire de glacial indiferencia y tranquila naturalidad.

Y, para no hacer el cuento largo, como diría la portera de la calle Ancha, pasaron la tarde, como dicho queda, aquellos singulares contendientes. El inquieto, audaz, agresivo, con ansia de acometer; ella serena, imperturbable, impertérrita, como si nada le importaran el cerco ni el sitiador.

Al oscurecer, Mercedes cerró definitivamente la ventana, diciéndose: — Ahora falta que el otro se lo encuentre, no le arriendo las ganancias á mi oso de alfeñique, si tropieza con él mi dueño, el oso salvaje; de un zarpazo lo deshace.

Aquella noche Mercedes durmió mal, la imagen del joven se presentaba sin cesar en su imaginación, asediándola, como la persona del galancete la había asediado toda la tarde. Unas veces se reía de aquel rezagado y tardío enamorado, otras se reía de ella misma, otras se ponía seria y hasta de mal humor, acordándose del General, que, por cierto, esa noche había estado cariñoso, ardiente y apasionado como un amante joven; por fin se durmió sin dejar de ser perseguida por tales ideas, pues soñó que Luis y el desconocido la cortejaban, á la par que reñían por ella, y que, de repente, saltaba el General sobre los débiles rivales, los acogotaba de un manazo, y luego se la quería comer á ella, pero lamiéndola primero de un modo asqueroso.

El joven, que tan porfiadamente había ido y venido por la acera de Mercedes, era Patillitas. Se había mudado en esos días á la calle de los Aztecas, pasó frente á la casa de Mercedes, con la sana intención de ir á clase; pero al ver á aquella mujer tan guapa, se disiparon sus estudiosos propósitos, y prefirió pasar la tarde acechándola y cortejándola por lo que pudiera suceder; puede que haya modo... — se decía, — entretanto, nada se pierde...

Gustóle mucho el desarrollo físico, y la riqueza de carnes de la entretenida, notó en ella algo que le indicó que era liebre corrida, lo cual acabó de entusiasmarle; estaba cansado de tratar con pollitas desabridas, pálidas, anémicas y remilgosas; estaba harto de galanteos insulsos, reducidos á cambiar palabras sosas ó cartas idiotas; quería saborear amores más picantes y sustanciosos.

Al día siguiente lo primero que hizo Mercedes, apenas se hubo vestido, fué asomarse á la ventana y ver por todos lados como si buscara algo. No buscaba á nadie, mucho menos al joven de la víspera, pero sentía cierto desasosiego y curiosidad; el caso es que se sintió más corrida al no verle, que molesta se hubiera sentido viéndole.

Hizo su tocado con más esmero, se asomó repetidas veces á la ventana, no para ver si el estudiante andaba por allí, pues Mercedes hubiera podido jurar que nada le importaban ni el estudiante aquel, ni la estudiantina entera.

Pasó toda la mañana sin que se dejara ver el galanteador de la víspera. Por la tarde, Mercedes apenas hubo

comido y descabezado un sueñecito, abrió las vidrieras, se asomó á la ventana, y se puso á ver la calle con la mayor tranquilidad.

Transcurrió una hora, y nada de Patillitas; ya se felicitaba Mercedes de que no hubiera vuelto á parecer cortejo tan importuno y terco; cuando á lo mejor ¡hétele allí! que viene, más cepillado, pulcro y seductor que la pasada tarde, lanzando miradas, esparciendo sonrisas y mesándose las ralas patillas. No llevaba libro, tenía un poco ladeado el sombrero de copa, para parecer calaverón, y llevaba una hermosa camelia en la mano derecha.

Cuadróse, como un subalterno, al acercarse á Mercedes, asestóle una de aquellas miradas de que tenía tan provisto arsenal, y le dirigió una sonrisa llena de seducciones y ternezas. Por desgracia, ni la mirada dió en el blanco, ni la sonrisa llegó á su destino, pues la prudente Mercedes esquivó diestramente el bulto, volviendo la cara á otro lado, y permaneciendo tan tranquila, como si aun no hubiese nacido aquel su atrevido galanteador.

Patillitas, sin desconcertarse por eso, se plantó cerca de la ventana, y aquello fué una de sonreír, dirigir miradas y hacer señas con la florecita: ya se la ponía en el corazón, ya depositaba en ella apasionados ósculos, presentándola en seguida á Mercedes; la cual no se daba por entendida de ninguno de aquellos cariñosos telégrafos.

Cansóse el estudiante de estar plantado allí como un poste, y empezó á ir y venir por delante de la ventana, luego se detuvo en la orilla de la banqueta, á poco fijó su campo de operaciones en la acera de enfrente; mas

á despecho de tantas evoluciones los hados no le fueron más propicios, pues la impávida castellana seguía en su olímpica indiferencia.

Ya cerca de oscurecer, el intrépido galán quiso poner fin, con un rasgo de osadía, á aquella situación, que se iba volviendo sosa, y por añadidura ridícula. Se acercó resueltamente á la ventana, y, haciendo á Mercedes una profunda cortesía, le dijo:

— Perdone usted, si me atrevo...

— No tengo el honor de conocer á usted, — dijo Mercedes, interrumpiéndole con sequedad, quitándose de la ventana y cerrando bruscamente las vidrieras.

Quedóse el mancebo con un palmo de narices, echó de ver que se ponía en ridículo, y se retiró murmurando despechado:

— ¡Diablo! es toreada..., mas, paciencia, ya caerá.

Llegó la noche, el General le hizo la visita de costumbre, quedó Mercedes sola, y con la misma tenacidad que la víspera la persiguió el recuerdo del galanteador.

Estaba convencida de que todo podría ser, menos el amor, lo que traía con tanta frecuencia á su pensamiento la imagen del relamido mozo. Toda la tarde le tuvo delante de los ojos, era natural que le viniera á la memoria; así pasa, aun con las personas más indiferentes, cuando nos han hostigado con su presencia. Mercedes reconocía que había algo de curiosidad en aquel su empeño de pensar en el joven: ¿Quién sería el tal? ¿con qué intención la galanteaba? ¿sabría su historia y la juzgaría conquista fácil?

Era inútil cavilar, fuera lo que fuere, nada podría haber entre ella y aquel muchacho, Mercedes había sido siempre fiel á sus amantes. Fuera de Luis, á quien amó, y de su marido, á quien estimó, los demás hombres le habían sido completamente indiferentes; y siempre le había parecido muy feo conceder el menor favor á alguno, estando comprometida con otro.

Por lo que pudiera suceder, le pareció conveniente no seguir aquel juego peligroso, y no dejarse ver, para que el mozalbete acabara por aburrirse.

Al día siguiente, y para cumplir mejor su propósito, pensó Mercedes que se iba á fastidiar mucho, si se pasaba todo el día encerrada en la casa, sin tener siquiera la distracción de asomarse; por tanto resolvió irse á comer con una su amiga, estaría de vuelta al oscurecer ó poco antes, y así el holgazán aquel sufriría el gran chasco.

Y lo sufrió en efecto. Patillitas, picado en su amor propio, é interesado ya en el juego, había resuelto oponer á la indiferencia de la dama mayor porfía, y rendir aquella plaza fuerte estrechando más el sitio.

Desde las once de la mañana, hora en que pudo volver del hospital, se puso de plantón en los alrededores de la casa, que permanecía inmóvil, silenciosa y obstinadamente cerrada, pues la dueña se había llevado á la criada.

Patillitas pasó, volvió á pasar, se arrimó á la ventana, á la puerta, atisbó por el ojo de la cerradura, y hasta se atrevió á llamar. Todo fué completamente inútil, ni un bulto se veía, ningún movimiento se notaba, no se oía ningún ruido.

No se desanimó Patillitas por aquel fracaso, sino que se propuso no ser el menos porfiado, y al dar las cuatro de la tarde ya estaba en campaña. Ella volverá, se decía, y aquí en la calle la acometo; ni modo que me dé con las vidrieras en los hocicos, sino que me oye ó vé para qué nació.

Si á Mercedes le salió bien su escapatoria en lo de chasquear á su enamorado, le salió pésima en lo de no pensar en él. Parecía hecho adrede, nunca le tuvo más presente que ese día, hasta su amiga notó la preocupación de Mercedes y le dirigió algunas bromas. En la tarde la imagen del barboncito parecía clavado en su pensamiento. Ya ha de andar por allí, se decía, y creía verlo, de pie delante de la ventana, acariciándose las menguadas barbas y haciéndole señales con la flor.

Sentía una ansiedad muy rara y una viva curiosidad; algo hubiera dado por ver la facha que el muchacho estaría haciendo, pero sin que él pudiese verla.

¡Qué tonta soy! pensaba otras veces, tal vez ni ha ido, es lo más probable; y sin que supiese por qué la contrariaba esta idea, y se felicitaba de no haberse quedado en casa, pues en tal supuesto, la de la facha hubiera sido ella.

Faltaba mucho para que oscureciera y ya no podía contenerse, sentía deseos irresistibles de irse, todo lo cual se lo explicaba ella del modo más legítimo del mundo.

No era por él, qué había de ser por él; si él ni había ido, ó si acaso fué ya se habría aburrido; era porque ella debía llegar temprano, no fuera que el diablo tirase de la

manta, y llegara el viejo antes que ella; ó que las gentes, que se mueren por quitar el crédito, le levantasen un falso por la salida, y fuesen con el chisme al viejo. Nada, lo mejor era volver á su casita.

Despidióse de su amiga, todavía había mucha luz cuando llegó á la calle del Carmen; firme en ella estaba Patillitas, y al ver á Mercedes le salió resueltamente al encuentro, y le dijo:

—Dispéñeme usted la grosería, pero no puedo resistir más, y le ruego encarecidamente que me escuche, ó se digne recibir una carta mía.

—Ni lo uno ni lo otro,—contestó Mercedes apresurando el paso.

—Pero si usted me ha inspirado una pasión irr...

—Me compromete usted, señor, soy casada, no puedo escucharle, hágame usted favor de retirarse.

Y llegando á la puerta de su casa, abrióla y entró de rondón por ella.

Patillitas no tomó por lo serio aquella determinación, siguió en sus trece, poniendo en práctica cuantos medios son del caso; la fámula le puso al tanto de la situación de Mercedes, y con otros informes que con habilidad supo él adquirir, logró, atando cabos y zurciendo retazos, rehacer con bastante aproximación la historia de aquella pobre mujer.

En Patillitas se cumplió aquel refrán, que promete el venado al que le caza con porfia; primero consiguió hacerse oír, y después de vencer escrúpulos y resistencias, logró hacerse querer.

Por final de cuentas: á las pocas semanas Mercedes

cometía, por primera vez, el delito de infidelidad, y al amante titular que la necesidad le imponía, asociaba el que había escogido ella para apacentar su fantasía ociosa y dar calor ficticio á su corazón yerto. Esto sucedió poco después de aquel banquete del Tivoli, en que ganó tanto el General López, viéndose así cumplido también el otro refrán, que anuncia desgracias en amores á los afortunados en el juego.

CAPÍTULO XV

Las heces del licor

Patillitas estaba muy contento de su conquista. ¡Qué suerte había tenido! Su buena estrella en materia de mujeres crecía en vez de menguar, lanzando cada vez fulgores más vívidos. ¡Qué mujer tan guapa, tan amable, tan cariñosa, tan tierna, tan dulce, tan ardiente... y tan barata! ¡Vaya que era una bendición de Dios!

Aquella situación le encantaba. Patillitas había soñado siempre en unas relaciones como aquellas, y jamás se había realizado su sueño. Ahora había un editor responsable, un *pagano*, que cargaba con los gastos, mientras que sólo las dulzuras eran para él. «¡Qué pillo soy!» decía, frotándose las manos.

Mercedes también estaba contenta con su hallazgo. Tenía un amante de su gusto, que le hacía recordar las épocas dichosas de su vida. Es verdad que la atormentaban ciertos escrúpulos, algunos celos y no pocas inquietudes; mas tales inquietudes, celos y escrúpulos, en

vez de amargar, servían de picante condimento al manjar de que, tan á su gusto, se hartaba.

A menos que escrúpulos reducía aquella mujer las reflexiones que pudieron condenar su infidelidad. Para este viejo, solía decir, no soy más que una mercancía, no hace más que pagar á vil precio mis condescendencias y favores, y fuera locura exigir que un hombre de tal facha y de tal fecha llenara de tal modo mi vida, que nada más cupiera en ella.

En cuanto al temor de ser sorprendida por el General, ó á lo menos de que éste se impusiera de sus relaciones y de su infidelidad, tenía por remotísima cosa. De lo que menos cuidaba el hombre era de ella, vivía absorto en sus especulaciones financieras, en sus negocios lucrativos, y no pensaba más que en medrar.

«¿Quién le mandaba ser tan confiado?» pensaba Mercedes. No sabía el viejote que la ocasión hace al ladrón. Además, examinando todo bien, aquella confianza, lejos de lisonjearla la ofendía, pues era señal de la indiferencia y del desdén con que el General la veía. Ciertamente la hubiese molestado verse celada, pero también la hubiera complacido, pues así hubiera mostrado el viejo que la veía como prenda suya, cuya posesión exclusiva estimaba, y no como el instrumento de un deleite que iba á gustar á hora fija.

Los dos amantes estaban, pues, muy tranquilos. Para llamar menos la atención acordaron verse en la misma casa; no había vecinos, ni siquiera portero; la criada era el único testigo, pero era fácil alejarla y quedar dueños del campo.